



Entre mágicos y zoólogos: Las metáforas del lenguaje desde los nombres de jardines infantiles

Karin Garzón Díaz

Escuela de Medicina y Ciencias de la Salud
Documentos de investigación núm. 20 / Marzo de 2014
ISSN: 2145-4744



Universidad del Rosario

Documento de investigación núm. 20

ESCUELA DE MEDICINA Y CIENCIAS DE LA SALUD

ENTRE MÁGICOS Y ZOOLOGISTAS:
LAS METÁFORAS DEL LENGUAJE DESDE LOS
NOMBRES DE JARDINES INFANTILES

Karin Garzón Díaz



Universidad del Rosario
Escuela de Medicina
y Ciencias de la Salud

Entre mágicos y zoologistas: las metáforas del lenguaje desde los nombres de jardines infantiles / Karin Garzón Díaz.—Bogotá: Editorial Universidad del Rosario, Escuela de Medicina y Ciencias de la Salud, 2014. 17 páginas.—(Documento de Investigación;20)

ISSN: 2145-4744

Lingüística aplicada / Metáforas / Jardines infantiles – Colombia / Onomástica / Lenguaje y lenguas / I. Título / II. Serie.

412 SCDD 20

Catalogación en la fuente – Universidad del Rosario. Biblioteca

amv

Marzo 21 de 2014

Editorial Universidad del Rosario
Escuela de Medicina y Ciencias de la Salud
Karin Garzón Díaz

Todos los derechos reservados
Primera edición: marzo de 2014
ISSN: 2145-4744
Diseño y Diagramación: Fredy Johan Espitia Ballesteros
Corrección de estilo: Claudia Ríos

Hecho en Colombia
Made in Colombia

Para citar esta publicación: Doc. Inv. Esc. Med. Cs. Salud.

Contenido

1. Introducción	5
2. De Crátilo a Bajtin: entre palabras y enunciados	6
3. De Ricoeur a Lakoff: lo insondable del lenguaje.....	10
4. Eslabones para seguir reflexionando.....	15
5. Referencias.....	17

Entre mágicos y zoólogos: Las metáforas del lenguaje desde los nombres de jardines infantiles

*Karin Garzón Díaz**

1. Introducción

El presente documento parte de un recorrido sobre las concepciones del lenguaje desde textos filosóficos clásicos hasta propuestas contemporáneas de la lingüística, centra su interés en la representación que bajo estas perspectivas pueden sugerir algunos nombres de jardines infantiles desde el campo de la cognición individual, empleando la metáfora como herramienta de reflexión socio-cultural y como figura del lenguaje que “emplea el ser humano para conformar su sistema conceptual que determina la forma en que percibimos y actuamos sobre el mundo” (Lakoff, 1980).

Dentro de la revisión de la literatura aún no se evidencian antecedentes que permitan estimar las connotaciones que desde la perspectiva del análisis del lenguaje pueden ser otorgadas hacia el pensamiento o hacia la asunción social de lo que representa el nombre de los jardines infantiles, de ahí que este ejercicio retórico intente una aproximación en este sentido, en la medida en que el lenguaje determina la forma como la gente percibe y piensa el mundo (Colman, 2006).

¿Qué hay detrás del texto de los nombres de los jardines infantiles, cuál es el pensamiento sobre ese pensamiento, cómo sería el texto a producir sobre ese texto, cómo cifrar las ideas, las intenciones, las voluntades, las emociones con que fueron ellos nombrados?, todos “ajenos” (Bajtín, 1999) pero a la vez parte de mí por ocupar mi realidad de sentido.

* Profesora principal de carrera. Escuela de Medicina y Ciencias de la Salud. Universidad del Rosario.

Estas son algunas de las preguntas con que se inicia este viaje por las lógicas de la razón, del pensamiento y del lenguaje a propósito del sentido y significado que pueden representar los niños y las niñas a partir de la nomenclatura o de la forma como se enuncian individualmente los jardines infantiles y se emplea el recurso de la metáfora con la intención de producir un nuevo texto y motivar a la reflexión en relación con la percepción social de los nombres de “jardines infantiles”.

2. De Crátilo a Bajtin: entre palabras y enunciados

Sócrates: Pero dime a continuación todavía una cosa: ¿cuál es, para nosotros, la función que tienen los nombres y cuál decimos que es su hermoso resultado?

Crátilo: Creo que enseñar, Sócrates. Y esto es muy simple: el que conoce los nombres, conoce también las cosas.

Este es uno de los apartes que presenta el diálogo “Crátilo” de Platón, reconocido como la primera obra de la historia del lenguaje, en donde se aprecia el interés sobre la capacidad de los nombres para designar y conocer las cosas y además considerado como el único diálogo que trata el lenguaje como problema para el conocimiento (Laborda, 2010).

En “Crátilo” la discusión se sucede entre Crátilo, Hermógenes y Sócrates sobre la exactitud y la naturaleza de los nombres.

Para Crátilo, ‘los nombres’, tanto en la lengua griega como en las bárbaras, por naturaleza deben guardar estrecha correspondencia con el objeto designado y solo reconoce como nombres y palabras de la lengua lo que convienen algunos emplear y sostiene “que los nombres son exactos por naturaleza (*physei*), por lo que algunos no corresponden a quienes lo llevan” (Platón, 2004, p. 7).

Hermógenes, por el contrario, opina que no se da otra correspondencia en una denominación que el uso (Laborda, 2010). Particularmente sobre los nombres propios, piensa que la exactitud de estos no es otra cosa que ‘pacto’ y ‘consenso’ (*synthéke*, homología), ‘convención’ y ‘hábito’ (*nomos, ethos*) de quienes suelen poner los nombres (Platón, 2004).

Sin embargo, Sócrates, que ha sido invitado a este diálogo, advierte poca seriedad en la discusión y no se satisface con las explicaciones que cada uno de ellos brinda y decide entonces ponerse en manos de los sofistas (Platón, 2004); con el fin de presentar la convergencia o divergencia de las posiciones de estos

sabios y exponer igualmente sus propios argumentos a propósito del significado de los nombres. Y advierte a Hermógenes que el conocimiento de los nombres no es insignificante, pues según él, aludiendo a Pródico, son los nombres la base para la formación del oyente sobre un tema (Platón, 2004).

Para Protágoras, por ejemplo, cita Sócrates a Hermógenes, “el hombre es la medida de las cosas”, es decir, que las cosas son para mí tal como me parecen y son para ti tal como te parecen (Platón, 2004); pero advierte igualmente que uno no sería más sensato que el otro si lo que a cada uno le parece es la verdad para cada uno (Platón, 2004), pero que tampoco todo puede ser igual y de la misma manera para todos al mismo tiempo (Platón, 2004).

Entonces, Sócrates refiere que las cosas poseen un ser propio consistente que no guardan relación ni dependencia con nosotros, ni se dejan arrastrar hacia arriba y abajo por obra de nuestra imaginación, sino que son en sí y con relación a su propio ser conforme a su naturaleza (Platón, 2004). Afirma a continuación Sócrates que sí es posible conocer las cosas a través de los nombres pero también por sí mismas “¿cuál será el más bello y claro conocimiento: conocer a partir de la imagen si ella misma tiene un cierto parecido con la realidad de la que sería imagen, o partiendo de la realidad, conocer la realidad misma y si su imagen está convenientemente lograda?” (Platón, 2004).

Podría afirmarse que “Crátilo” de Platón es un diálogo inconcluso, donde Sócrates se dirige a Crátilo, sobre la forma como hay que conocer o descubrir los seres y para él no es a partir de los nombres, sino que hay que conocer y buscar los seres en sí mismos; sin aseverar que las cosas sean así o no lo sean y por ende en la necesidad de seguir reflexionando o examinando sobre esta condición (Platón, 2004). Sin pretensiones concluyentes, desde ahora sobre la profundidad de las bondades o detracciones que puede tener esta obra en teóricos de la lingüística tales como Robins (1967 citado en Laborda, 2010) o Leroy (1964 citado en Laborda, 2010); la obra permite abrir el pensamiento acerca de la naturaleza de la nomenclatura o nomenclaturas que empleamos en la vida cotidiana.

En relación con el estudio del lenguaje, podemos encontrar diferentes corrientes o disciplinas que se interesan por su valor en el campo de las ciencias sociales, ya sea desde la semiología, con Roland Barthes (1915-1980), del psicoanálisis, con Jacques Lacan (1901-1981), del marxismo, con Louis Althusser (1918-1990), de la antropología cultural, con Levi Strauss (1908-2009), de la arqueología de la cultura, con Michel Foucault (1926-1984), del deconstruccionismo, con Jacques Derrida (1930-2004); entre otros. Sin embargo, intentaré ampliar la comprensión

sobre el lenguaje desde la perspectiva de Ferdinand de Saussure (1857-1913), Noam Chomsky (1928) y Mijail Bajtin (1895-1975).

Para Saussure, considerado el eslabón con el cual comienza a asirse el estudio de la lingüística contemporánea (Lepschy, 2002 citado en Wilson y Keit, 2002), el lenguaje podría ser estudiado desde un punto de vista estructural, más que histórico y escrito, como había sido precedido en la lingüística del siglo XIX, perspectiva diacrónica. A partir de esta marcación, era legítimo, entonces, para Saussure el estudio sincrónico de las lenguas de manera independiente al factor temporal, y de ahí que centrara su interés en el acto expresivo, el habla/*parole* (Baily y Schehaye, 2002), haciendo distinción entre esta y la lengua/*langue* (Lepschy, 2002 citado en Wilson y Keit, 2002), la cual define como objeto de estudio de la lingüística, porque la '*parole*' es más individual y volátil.

En términos saussurianos, la lengua representa el sistema, la estructura; mientras el habla, la forma como usamos ese sistema a través de las palabras. A su vez cuentan tanto con una imagen acústica (con componente mental y psíquico) y una forma acústica, la cual puede variar entre cada pronunciación/percepción de una palabra. La primera de ellas referida a la *forma*, porque se aplica a la producción y la percepción de las palabra (significante) y la segunda al *contenido* (significado), conformando ambos el signo lingüístico (Lepschy, 2002 citado en Wilson y Keit, 2002).

En tanto esta corriente se centraba en el análisis y las relaciones de los elementos lexicales (Votre y Naro, 1989) y donde la sintaxis contenía un status marginal de la estructura de los actos individuales del habla, para la gramática generativa, impulsada por Chomsky, es precisamente en ella donde reside la función central y creativa del lenguaje (Wilson y Keit, 2002). La teoría de la sintaxis de Chomsky se orienta a la "construcción de una gramática sin que ésta tenga una referencia específica a una lengua particular" (Oquendo, 2005, p. 34). La investigación lingüística para Chomsky se suscribe, entonces, en la racionalidad clásica por la aplicación universal de reglas (Oquendo, 2005). Considera que bajo la estructura superficial del lenguaje, existe una estructura profunda de reglas que permiten la generación de todas las proposiciones gramaticales correctas, algunas específicas para el lenguaje pero otras básicas para todo lenguaje (Chomsky, 1986). Aboga por el principio del innatismo y la fuente biológica en la adquisición del lenguaje, a través de la relación cerebro/mente hasta el punto de equipar su análisis a funcionamientos complejos computacionales de la más alta tecnología (Oquendo, 2005).

De esta manera, Chomsky presenta sus argumentos en relación con las estructuras mentales del lenguaje y niega por tanto que el lenguaje pueda reflejar la conducta del hombre, que estructure la realidad o que esta pueda estructurar el lenguaje (Oquendo, 2005).

Desde otra perspectiva, se aseguraba que el estructuralismo o formalismo no reconocía las necesidades o la intención en el uso de la lengua, de ahí surge el funcionalismo en el estudio del lenguaje. Por su parte, Dillinger (1990) establece que las relaciones entre estructuralismo y funcionalismo no pueden ser excluyentes, en tanto estudian fenómenos diferentes pero que a su vez cuentan con el mismo objeto: La lengua. De la misma manera, en el marco de la gramática funcionalista, Dik (1997) presenta esta correspondencia desde dos paradigmas, el formal (PFO) y el funcional (PFU). Para él, el PFO, representa un conjunto de oraciones, un objeto abstracto, que actúa como forma de expresión de pensamientos. Mientras que el PFU cumple una función más social, de interacción, identificado como la pragmática de la lengua.

Sin embargo para Bajtin (1999) esa perspectiva no era suficiente para comprender el lenguaje, “la verdadera sustancia de la lengua, no estaba constituida por un sistema abstracto de formas lingüísticas, ni por la enunciación monológica aislada, ni por el acto fisiológico de su producción; sino por el fenómeno social de la interacción verbal, realizada a través de la enunciación o de las enunciaciones”, y lo definía como ‘acontecimiento social’ u originalmente conocido como ‘acontecimiento del ser’ (Volóshinov, 2009, p. 7). Bajtin (1999) enmarcaba su propia área de estudio como “estética de la creación verbal”, refería que la lingüística como tradicionalmente se reconocía no era emitida por nadie, ni dirigida a nadie, entonces asume la necesidad de comprender la lengua desde la perspectiva del contexto, de su intencionalidad y del valor social, para él la comunicación verbal se centraba en el enunciado, más no en la palabra (Bajtin, 1999) pues dependiendo de ella las palabras pueden contener significados diferentes (Bajtin, 1999).

Vale, por tanto, la pena señalar también el papel de la ideología en el campo de la filosofía del lenguaje (Volóshinov, 2009, p. 26), podríamos, entonces, inferir que los nombres de los jardines infantiles en sí constituyen un signo, un producto ideológico que “posee significación, por cuanto representa, reproduce, o refleja otra realidad; y surge en el proceso de interacción entre conciencias individuales” (Volóshinov, 2009, p. 28), de quien las enuncia, de quien las interpreta.

Por ejemplo ‘Sueños del mañana’, ‘Un mundo por crear’ y aquellos nombrados como ‘Honguito’, ‘Humito’, ‘Arroyito’...

La palabra, entonces, desde esta perspectiva se considera como “el fenómeno ideológico por excelencia, el medio más puro y genuino de la comunicación” (Volóshinov, 2009, p. 33); pero a su vez puede representar un signo de uso interno, sin necesidad de expresarse hacia el exterior, conocido mejor como la conciencia individual, en cuanto ‘discurso interno’ (Volóshinov, 2009, p. 35).

Para Bajtin (1999) la palabra actúa como el medio ambiente de la conciencia, que acompaña y comenta los actos ideológicos, que se comprenden con la participación del discurso interno.

Así las cosas, los nombres de los jardines infantiles, “su texto”, lo podemos entender como enunciados o incluso como un género discursivo que engloba una actividad humana particular, porque “el lenguaje participa en la vida a través de los enunciados concretos que lo realizan”, mediado por el contexto y los valores de sus protagonistas (Bajtin, 1999, pp. 248-251).

Por ejemplo: ‘San Cristóbal’, ‘Dolores’, ‘Adonai’, ‘Boyacá’, ‘Flandes’, ‘Cajita de Pandora’, ‘Chifladitos’...

De ahí que se pueda contravenir la perspectiva de Chomsky de no otorgar valor a la relación lenguaje y la conducta del hombre y viceversa, pues el hecho de que el lenguaje hace parte de la vida de los seres humanos implica no solo pensamiento sino acción al unísono, en el marco de sus relaciones, porque nos permite imaginar, proyectar, representar, valorar. Y de la forma como hagamos “lectura” de ello, marcamos estructuras mentales que se reflejan en discurso y acción, en la medida en que hace diálogo con la realidad que habitamos.

3. De Ricoeur a Lakoff: lo insondable del lenguaje

El lenguaje, en tanto, palabra, frase, discurso, texto, dependiendo del interés de reflexión que pueda recaer sobre cada uno de estos conceptos, representa en sí formas en las cuales los seres humanos podemos representar el mundo que habitamos, pero a su vez que el ser humano pueda representarse como acto, “con potencia de existir y de hacer existir” (Ricoeur, citado en Lafuente, 1998, p. 220).

Con base en la discusión anterior acerca de la pregunta sobre la denominación de los nombres en los jardines infantiles, particularmente cobra sentido la concepción hermenéutica de Ricoeur (2001) en relación con “la denominación (dar nombre a las cosas) y predicación (caracterización de algo por medio de predicados)” y que a su vez relaciona con la innovación semántica, la imaginación y la creatividad humanas (Ricoeur, 2001). De esta manera se estaría insinuando la metáfora, “no desde el punto de vista de la forma como figura del discurso focalizada sobre la palabra” (Ricoeur, 2001), ni sobre su sentido como aspecto semántico, sino a la “referencia del enunciado metafórico en cuanto poder de redescubrir la realidad” (Ricoeur, 2001).

Sin lugar a dudas los nombres de los jardines infantiles producen reacciones afectivas que provocan ideas, imágenes sobre los niños y las niñas que a su vez pueden provenir del “psiquismo innato, de hábitos culturales y de experiencias y asociaciones individuales” (Paulus, 1975).

‘Capullitos’, ‘Arco iris’, ‘Saltimbanquis’, ‘Abrakadabra’, ‘Los duendecillos del bosque’...

Con estos nombres, que a su vez pueden ser concebidos como metáforas, podemos ver cómo las denominaciones pueden incidir en sí las percepciones culturales que constituyen la infancia, en la medida en que estos nombres son productores de significado social. Según Nietzsche (citado por Deleuze, 1986), tras las palabras se vislumbran voluntades o fuerzas que imponen nombres y al imponerlos se apropian del mundo, en una forma plural.

Con estas metáforas, así, se pone en juego una serie de problemáticas que venimos sospechando sobre el significado de la infancia, porque a través de ellas, que pueden actuar como un lente, podemos re-presentar formas de comprender la realidad. Que la palabra sea una metáfora que no corresponde en nada a la supuesta esencia natural de lo que designa, indica más bien que su poder radica tanto en el signo enunciado cuanto en el acto de su enunciación (Deleuze, 1986).

‘Verano infantil’, ‘Cortapalos’, ‘Burbujitas de papel’, ‘Dormilones’...

El pensamiento metafórico, entonces, se relaciona con el reconocimiento de una conexión entre dos cosas aparentemente no relacionadas entre sí, no

procede literalmente sino que salta a través de categorías y clasificaciones para descubrir nuevas relaciones, invita a la mente a explorar con mayor profundidad. (Ver Lee Williams, 1986). De ahí la sospecha de Foucault referida a que el lenguaje quiere decir algo distinto de lo que dice y entrever que hay lenguajes incluso aparte del mismo lenguaje (García del Pozzo, 1988, p. 274), que a la sombra de lo que se dice está el sentido más importante, lo que “los griegos llaman alegoría o Hiponoia, un sentido menor más enmascarado, pero a pesar de todo transmitiendo otro sentido” (García del Pozzo, 1988, p. 276). Así las cosas, la metáfora, además de ser considerada un asunto lingüístico, ha venido cobrando protagonismo en el terreno de los procesos cognitivos, en la medida en que se sucede en la órbita de lo mental (López, 2005).

Dentro de los más reconocidos exponentes de esta posición se encuentran George Lakoff y Mark Johnson,¹ fundadores de la lingüística cognitiva e impulsores de la investigación en la ciencia cognitiva y la teoría neural del lenguaje (1980). Sus tesis se fundan en dar cuenta sobre los mecanismos por los cuales la mente puede razonar metafóricamente y que a su vez se puede nutrir de metáforas de la vida cotidiana para así conceptualizar la complejidad del mundo, nutrir de significados los actos y poder pensar el mundo de una manera más imaginativa (Lakoff y Johnson, 1999). La metáfora parece ser entonces un mecanismo neuronal que nos permite adaptar los sistemas neuronales utilizados en la actividad sensorio-motora para crear formas de razón abstracta (Lakoff y Johnson, 1999). Para ellos, la realidad de la metáfora se funda en el sistema de circuitos sensoriales, donde el cerebro biológico pasa a un segundo plano y donde la mente no está conformada por el cerebro, sino que es una abstracción incorpórea que nuestro cerebro es capaz de implementar y que se materializa en una estructura conceptual (Lakoff y Johnson, 1999).

La metáfora “surge de la inserción en un determinado contexto de una nota que proviene de otro distinto” (Lakoff y Johnson, 1980, p. 11), la fuerza, entonces, de la metáfora radica en la confluencia de dos realidades diferentes.

Hasta el momento, se ha presentado cómo el nombre mismo de un jardín infantil puede constituirse como metáfora...

‘Sonrisas y Alegrías’, ‘La voz de mamá’, ‘Rayitos y Rayitas’...

1 Ambos nacidos en la década de 1940.

...pero, a su vez, podrían ser compuestas nuevas metáforas a partir de la observación en conjunto de estos nombres, una forma particular de comprender metafóricamente colectivos conformados a partir de la propia subjetividad del autor del presente documento, entendido como una red compleja que afecta las representaciones internas y las visiones del mundo (Lakoff y Johnson, 2004).

- Los jardines infantiles *futuristas*: ‘Sueños del mañana’, ‘Por un mañana’, ‘Un mundo por crear’, ‘Escaleras al futuro’...
- Los jardines infantiles *mitológicos*: ‘Mi unicornio’, ‘Cajita de Pandora’...
- Y los *ecológicos*: ‘Honguito’, ‘Girasol’, ‘Gotas de lluvia’, ‘Tréboles nuevos’...

Con la nueva configuración metafórica, las palabras aquí presentadas en calidad de metáforas, además de ser portadoras de ideas frente a unas identidades particulares, ven alteradas igualmente esas identidades y aleja de pensar la metáfora como “un simple” adorno del lenguaje (Ricoeur, 2001), o solo un tropo que se pueda identificar en la literatura, y más bien como un mecanismo fundamental de la mente (Lakoff y Johnson, 1980). Con las ideas se marcan sistemas conceptuales, formas de ver y actuar en mundo, de ahí que Lakoff y Johnson (2004) prediquen que las metáforas impregnan la vida cotidiana. Con este lenguaje se evidencia la forma como opera el pensamiento en tanto sistema y que la manera como concebimos las cosas demarca nuestra actuación (Lakoff y Johnson, 2004). Para Devitt (2006) el lenguaje expresa el pensamiento e infunde la idea de que la capacidad conceptual constituye en parte la competencia lingüística.

- Jardines infantiles *mágicos*: ‘Abrakadabra’, ‘Babidibu’, ‘El hada madrina’, ‘El Rincón Fantástico’, ‘La casita encantada’...
- Los *estéticos*: ‘Mi bella imagen’, ‘Mi bella época’, ‘Hermosas ilusiones’...
- Pero también los *geográficos*: ‘Cartagena de Indias’, ‘Canadá’, ‘Flandes’, ‘Mi pequeño París’, ‘Boyacá’...

En tanto conceptos metafóricos, se pueden “extender más allá del rango literal al rango conocido como pensamiento y lenguaje figurativo, colorista o imaginativo, donde se visten las ideas con ropas caprichosas, jugar con ellas o alinearlas

de una manera agradable y ordenada” (Lakoff y Johnson, 2004, p. 49). Con esta perspectiva de metáfora que presentan Lakoff y Johnson (2004), se sobrepasa la visión objetiva de la verdad y se convoca a pensar la verdad basada en la comprensión, siendo la metáfora uno de sus principales mecanismos, significando y valorando el sentido que hace la acción cultural en las formas como comprendemos nuestra propia realidad. Muestra de ello es la acción que ejerce *la categorización* como parte fundamental de la forma como se entiende y se participa en el mundo, definida como “una manera natural de identificar un tipo de objeto o experiencia destacando ciertas propiedades, desfocalizando y ocultando otras” (Lakoff y Johnson, 2004, p. 205).

Entre otras categorías metafóricas que podríamos seguir citando a propósito de los nombres de los jardines infantiles, encontramos aquellos *campestres*: ‘El pradito’, ‘La ladera’...

O también los *celestiales-bíblicos*: ‘Cielito lindo’, ‘Verbo Divino’, ‘San Benito’...

Igualmente los *cromáticos*: ‘Zapatitos rojos’, ‘La sombrilla azul’, ‘Globito rojo’...

O aquellos *musicales*: ‘Castañuelas’, ‘Tamborcito de hojalata’, ‘Campanitas de Cristal’...

Pero estas categorías no son solamente atribuibles a las propiedades de los objetos, sino que surgen a partir de las propiedades interaccionales, basadas en el aparato perceptual humano (Lakoff y Johnson, 2004, p. 206), en este caso, de quien las nombra. De ahí el sentido de la relación mente-lenguaje-contexto.

Siguiendo esta lógica también encontramos los *zoologistas*: ‘Kanguritos’, ‘La hormiguita’, ‘La jirafa rafa’, ‘Los corderitos de Jesús’, ‘La lora pastora’, ‘Mis buhitos’, ‘Los pescaditos’...

los *anatómicos*: ‘Meñique’, ‘Mis cinco sentidos’...

así como los *autoreferenciales*: ‘Mi trencito’, ‘Mi edad feliz’, ‘Mi casita’, ‘Mi recuerdo infantil’, ‘Mi primera estación’, ‘Mi segunda estación’...

Y también los *universitarios*: ‘Harvard Kindergarden’, ‘Pequeña Universidad de Cambridge’...

Si bien el ejercicio de categorización en la metáfora marca formas de comprender una realidad valorada a través de la interacción que moviliza ideas y percepciones de mundo, cuando es leído el nombre de uno de estos jardines infantiles y a su

vez el lugar que ocupan en la categorización propuesta, se presente la movilización de emociones y sentimientos acerca de la forma como pueden entenderse los niños y las niñas en un contexto determinado o incluso cuándo pueden ser contrastadas entre ellas.

Un ejemplo son los jardines infantiles que *suponen estados de ánimo*: ‘Niños felices’, ‘Sonrisas y alegrías’, ‘Caritas alegres’, ‘Años felices’; y otros con *implicaciones mentales*: ‘La voz de mamá’, ‘Chifladitos’, ‘Somos el mundo’; o los celestes-cósmicos: ‘Astro mundo’, ‘Mi pequeño planeta’, ‘Lunita consentida’...

De la misma manera, el sentido que hace la imaginación en la creación de metáforas que se orientan a la comprensión de una realidad se considera una “habilidad crucial para crear relaciones y comunicar la naturaleza de las experiencias que nos son comunes” (Lakoff y Johnson, 2004, p. 276).

Finalmente se presentan, más que conclusiones, “eslabones” sobre los cuales seguir espoleando acerca de lo que podemos aprender a pensar y decir sobre una realidad que convoca a los niños y las niñas y a todos en general, por cuanto nos sentimos implicados en ella.

El propósito de este ejercicio discursivo no se orientó a juzgar la forma como se nominan los jardines infantiles, sino que busca proponer un lugar distinto del conocimiento a cómo pensar y actuar la infancia desde lo que se reconoce socialmente como los lugares de educación inicial; ni plantear verdades absolutas, por cuanto desdice del sentido que hace el uso de la metáfora en los procesos de comprensión.

4. Eslabones para seguir reflexionando

- A partir del enfoque aquí presentado se avivan intenciones de continuar espoleando otras realidades que implican la existencia y coexistencia con los jardines infantiles como lugares de educación inicial de niños y niñas, cómo son pensados, cómo son agenciados desde sus perspectivas pedagógicas y organizacionales de participación parental, entre otros.
- Dada la evidencia, se invita a generar investigaciones relacionando el contenido semántico y sintáctico de los nombres con los enfoques pedagógicos o las concepciones que sobre niñez se tiene.

- Si bien las perspectivas presentadas sobre el lenguaje marcan tendencias estructurales, funcionales, contextuales, de intencionalidades de quien comunica o expresa algo a través de palabras, frases, enunciados, textos, .. el “espectador” genera valor en ese espectro comunicativo porque se convierte en narrador o actor en la configuración de nuevas realidades, en la medida en que las puede hacer propias a través de la movilización de su pensamiento.
- Aunque el lenguaje cotidiano está impregnado de expresiones metafóricas, la reflexión particular de leer los niños y las niñas a través de los nombres de los jardines infantiles activa el sentido con que socialmente son vistos.
- La comprensión de la realidad a través de metáforas no solo convoca una mirada estructural y estática del lenguaje, sino la implicación sensorial, estética y emotiva de ver la realidad.
- A partir de las metáforas propuestas en este texto a propósito de los nombres de los jardines infantiles se presume su comprensión a la luz de la imagen de lo pequeño (que se percibe con el uso reiterado de diminutivos), de naturaleza, de felicidad, de continencia, de pertenencia, entre otros.

5. Referencias

- Baily, C. y Schehaye, A. (2002), "Curso de Lingüística General – Ferdinand de Saussure". *Revista Tonos Digital*, n.º 3.
- Bajtín, M. (1999), *Estética de la creación verbal*, Madrid: Siglo Veintiuno.
- Chomsky, N. (1986), *El lenguaje y el entendimiento*, Barcelona: Seix Barral.
- Colman, A. (2006), *Dictionary of Psychology*, Nueva York: Oxford University Press.
- Deleuze, G. (1986), *Nietzsche y la filosofía*, Barcelona: Anagrama.
- Devitt, M. (2006), *Ignorance of Language*, Oxford: Oxford University Press.
- Dik, S. (1997), *The Theory of Functional Grammar*, Berlín: Walter de Gruyter.
- García del Pozzo, R. (1988), *Michel Foucault: Un arqueólogo del humanismo*. Sevilla: Publicaciones Universidad de Sevilla.
- Laborda, X. (2010), "Crátilo: Diálogo con el mito platónico de la lingüística", *Revista electrónica de estudios filológicos, Tono Digital n.º 19*.
- Lafuente, A. (1998), "Introducción al pensamiento de Paul Ricoeur", *Thémata. Revista de Filosofía*, n.º 19.
- Lakoff, G. y Johnson, M. (1980), *Metaphors we live by*, Chicago: University of Chicago.
- Lakoff, G. y Johnson, M. (1999), *Philosophy in the Flesh*, Nueva York: Basic Books.
- Lakoff, G. y Johnson, M. (2004), *Metáforas de la vida cotidiana*, Madrid: Ediciones Cátedra.
- López, F. (2005), "Comunicación y metáforas del espacio público", disponible en <http://www.docentes.unal.edu.co/felopezdi/docs/Comunicacion%20y%20metaforas%20del%20espacio%20publico.pdf>, recuperado en abril 5 de 2011.
- Oquendo, L. (2005), "Chomsky en la modernidad". *Escritos, Revista del Centro de Ciencias del Lenguaje*, Puebla: Benemérita Universidad de Puebla.
- Paulus, J. (1984), *La función simbólica del lenguaje*, Barcelona: Herder.
- Platón (2004), "Crátilo", en Platón, *Diálogos*. Argentina: El Cid.
- Ricoeur, P. (2001), *La metáfora viva*, Madrid: Cristiandad.
- Volóshinov, V. (2009), *El marxismo y la filosofía del lenguaje: (los principales problemas del método sociológico en la ciencia del lenguaje)*, Buenos Aires: Godot.
- Votre, S. y Naro, A. (1989), "Mecanismos funcionais do uso da língua", *DELTA*, Vol. 5, n.º 2.
- Williams, L. (1986), *Aprender con todo el cerebro*, Barcelona: Martínez Roca.
- Wilson, R. y Keit, F. (2002), *Enciclopedia MIT de Ciencias Cognitivas*, Madrid: Síntesis.



Universidad del Rosario